

LA ESTANCIA ARGENTINA

Yuyú Guzmán. 2001. Autora del libro "El país de las Estancias".

Bolsa de Comercio de Rosario. 91(1483):24-30.

www.produccion-animal.com.ar

[Volver a: orígenes evolución](#)

Mi curiosidad por el tema de las estancias nació desde el desconocimiento total de la materia, como seguramente les ocurre a quienes no pertenecen a familias propietarias de campo, y sólo ven, como una referencia paisajística durante los viajes por el interior, un inmutable telón de fondo con infinitas praderas y vaquitas paciando a lo lejos.

Sin embargo, ese espacio geográfico es nuestro mayor valor económico y contiene una larga historia, que poco a poco he ido contando a través de libros, charlas, fotografías y un programa de televisión denominado "El País de las Estancias". Con esta designación figuramos en el mapa ideográfico del planeta, donde representan con una vaca, un paisano a caballo, un haz de trigo y el infaltable obelisco para situar la capital del país.

Para esa mirada del exterior que observa el mapamundi y se detiene en el país más austral, o para el compatriota que no sabe de este tema, quiero contar cómo es la estancia argentina; con la misma técnica narrativa que utilizaría, si supiera, cómo es la estancia canadiense, la australiana o la neozelandesa, países con los que comparáramos la misma economía pastoril aunque nos diferencia la cultura rural.

Para el consiente colectivo somos un país de campaña, aunque para el consiente individual formamos una comunidad urbana. Los argentinos en general (salvo los angloargentinos) somos gente de ciudad por naturaleza; por eso, quienes viven del campo habitualmente tienen residencia en la ciudad. En consecuencia, una de las características de nuestro campo la dan sus pocos pobladores permanentes.

En toda Latinoamérica el fenómeno "estancia" se inicia con la llegada de los españoles, el reparto de vastas tierras de nadie entre los conquistadores y la necesidad urgente de proveer alimentos lo más afines posible con sus costumbres culinarias. Por entonces, España tenía una dieta básicamente cárnica y, como en América no se encontró ninguna ganadería sustituta, cada barco que llegaba de la península, traía vacunos, lanares, porcinos (y cuanto animal doméstico sirviera para la olla), para que "hicieran casta" en las tierras recién conquistadas.

La crónica de la introducción de la ganadería europea en las tierras americanas ha quedado empañada por la gran historia de la conquista primero, la colonia luego y después la formación de los estados americanos. Lo cierto es que la llegada y multiplicación de los animales de consumo en el nuevo mundo fueron de una importancia crucial para los pueblos invasores, porque significaron una mejor adaptación a tierras extrañas que daban otros frutos y porque otorgaron valor económico a las grandes extensiones de tierras que se adjudicaron en propiedad.

Si la introducción de los ganados domésticos fue importante en los territorios andinos donde se aposentó la conquista, qué no decir del impacto que produjo en las grandes praderas, hábitat ideal para la propagación de los mamíferos pastoriles.

Con la fundación de nuestras ciudades históricas (puntales de la conquista), el reparto de las tierras aledañas y la llegada de los arreos de caballos y vacas para el transporte y alimento, comenzaron las estancias.

Este es el origen de la estancia argentina, cuyos tiempos, diferencias y evolución dependerían del lugar geográfico donde ella apareció, a lo largo de un territorio tan vasto y vacío, que sería ocupado durante trescientos años de lenta penetración.

Digo vacío por despoblado, desde mi punto de vista de la cultura invasora a la que pertenezco y considerando patrimonio propio lo que tomamos en las guerras de conquista. Porque aquí había una población autóctona dispersa y en estados culturales distintos, según las regiones, pero muy primitiva en comparación con las civilizaciones precolombinas de Méjico y Perú.

Así resultó que los pueblos aborígenes se convirtieron en los enemigos naturales de los nuevos pobladores de las pampas, que intentaban apoderarse por la fuerza de sus espacios e imponer reglas ajenas a su condición nativa.

Estas posiciones antagónicas generaron una guerra de cientos de años durante los cuales los estancieros y sus ganados fueron penetrando lo más pacíficamente posible, aposentándose en suelo salvaje pero cubierto de ricos pastizales.

Los primeros caballos que llegaron a nuestras tierras vinieron con la expedición de Don Pedro de Mendoza cuando fundó la primera Buenos Aires, en 1536. Cuando todos abandonaron el sitio a causa de la extrema miseria y el hambre, quedaron los equinos que habían escapado del fuerte fundacional, en la total libertad de la llanura rioplatense.

Las vacas llegaron con la segunda fundación de Buenos Aires. Vinieron en el histórico arreo de miles de cabezas que condujo el criollo Hernandarias, desde Asunción del Paraguay hasta el litoral, por orden de su suegro, Don Juan de Garay, que tenía la misión de fundar la ciudad de Santa Fe y el puerto de Santa María del Buen Aire, en el Río de la Plata. De allí que las primeras vaquerías se establecieron en Corrientes.

Con ese movimiento de cantidades de animales se inauguraron los grandes arreos que de ahí en más caracterizarían la dinámica de la campaña antigua, donde los ganados se trasladaban para poblar estancias, para comercializar en tierras remotas o para cabalgadura y alimento de las tropas militares.

Durante la colonia, el beneficio más importante de la estancia pampeana era la cría de mulas, nacidas en los llanos y llevadas en grandes arreos anuales a los mercados de Salta y Jujuy, donde se vendían con destino al Alto Perú.

Las estancias de esas provincias norteñas han sido muy influenciadas por la cultura hispano peruana, ya que las familias fundadoras vinieron del aquel virreinato, trayendo sus costumbres y sus ganados. Aquí se establecieron en tierras donde ya había asentamientos indígenas que hacían agricultura y domesticaban animales. Con el trabajo de los indios encomendados, las estancias brindaron una producción mixta, basada en la cría de ganados europeos y una agricultura con especies americanas que enriquecieron la cocina española. La tendencia productiva de la región siguió siendo la misma, a lo que se agregaron las plantaciones subtropicales de azúcar, tabaco y algodón.

En la provincia de Córdoba los padres jesuitas fueron los estancieros más formidables del pasado argentino. Iniciaron sus estancias pocos años después de la fundación de la ciudad. Tanto por su visión empresaria como por sus exitosos resultados económicos debieron haber sido el ejemplo a imitar por los estancieros de la época y de los tiempos que siguieron, pero no lo fueron.

En el sur de esta provincia, asolada por los malones hasta fines del siglo XIX, los estancieros se establecieron cuando llegó el ferrocarril en 1870, lo mismo que las colonias agrícolas con sus gringos tenaces y emprendedores.

La región correntina, cuyas familias fundadoras y sus ganados llegaron desde el Paraguay, conserva su producción vacuna tradicional y hace poca agricultura, no porque sus tierras no sean aptas para los cultivos, sino por falta de cultura agrícola. No prosperaron los experimentos de las colonias agrícolas. Por eso la población rural de esa provincia es tan criolla y tradicionalista. Su posición limítrofe, las guerras con países vecinos y la política, siempre tuvieron muy ocupados a sus varones, a quienes les faltó tiempo para abrir el surco.

En las provincias de Entre Ríos y Santa Fe, en cambio, surgieron las primeras colonias agrícolas, que se multiplicaron llegando a constituir un formidable motor de civilización y progreso. El desarrollo poblacional, agrícola-ganadero e industrial, impulsado por los gringos llevó la prosperidad económica a gran parte de esa zona litoraleña que hasta mediados del siglo XIX había sido exclusivamente ganadera.

Cuyo se fue poblando por una corriente civilizadora proveniente de Chile. Los adelantados españoles, que cruzaban la cordillera de allá para acá como si tal cosa, fundaron la ciudad de Mendoza, trajeron pobladores, ganados, plantas y organizaron las primeras estancias. Para esto se asentaron en lugares donde encontraron pueblos indígenas que regaban sus cultivos mediante un sistema de acequias utilizado hasta nuestros días. Entre las plantas introducidas por los conquistadores venía la vid, la que encontró en el pedemonte andino el mejor clima y la mejor tierra para su desarrollo.

La pampa bonaerense, favorecida por sus pasturas naturales y su cercanía al puerto, se constituye en la provincia estanciera emblemática de la Argentina. Los equinos y vacunos que no encontraron vallas para desparrarse por las llanuras del Este, paulatinamente fueron dejando su condición cimarrona, para aquerenciarse en las estancias. La exportación de cueros en gran escala y la industria del saladero valorizaron la tierra bonaerense y beneficiaron a los estancieros porteños. En las estancias cercanas a Buenos Aires comenzaron el refinamiento de la ganadería, la formación de las primeras cabañas, la industrialización de la leche y la instalación de los frigoríficos. Esa época de gran evolución de la ganadería pampeana vino acompañada por la irrupción del ferrocarril y el fenómeno de las colonias agrícolas junto a las estaciones, con lo cual quedaron instaladas en la provincia las dos producciones básicas de sus estancias.

Los lanares ibéricos introducidos por la conquista nunca interesaron mucho a los estancieros coloniales, por lo cual habían perdido sus características raciales y su lana no valía nada. Pero, en las primeras décadas del siglo XIX, la industria textil europea en pleno auge pasó a comprar toda la lana que se producía en los países ganaderos de ultramar; por lo tanto, empezaron a refinarse nuestros rebaños criollos y la exportación de lana se convirtió en un excelente negocio por más de un siglo.

Ese fue el gran momento del despertar de la Patagonia, tierras tan lejanas como desconocidas, hasta que en 1880, el Presidente de la Nación Julio A. Roca se interesó por reconocer y poblar. En esos años, tanto los británicos en las Islas Malvinas, como inmigrantes de varias nacionalidades en el sur de Chile, estaban experimentando exitosamente con la cría de la oveja, por lo cual no cabía duda que pasaría lo mismo en nuestras mesetas australes. Así fue como británicos principalmente, y también alemanes, yugoslavos, españoles y otros grupos migrato-

rios se fueron extendiendo por esas tierras secas y ventosas, fundando la ganadería ovina que le daría valor económico, población y leyenda a esa región ignorada por los argentinos norteros,

Para fines del siglo XX, encontramos fundidos a los ovejeros patagónicos y a la industria agropecuaria en crisis endémica, pero mientras se espera que pasen los largos años de vacas flacas, las señoras estancieros conviniendo en abrir sus casas de campaña al turismo. Esta modalidad novedosa para entrar en uno de los circuitos económicos más dinámicos de estos tiempos, constituye uno de los fenómenos más creativos que han valorizado la vida rural.

Cansados de trabajar la tierra de poca o ninguna rentabilidad en estos últimos años algunos estancieros han decidido vender sus posesiones a precios que resultan accesibles a los capitales extranjeros. Esto preocupa a los espíritus patriotas que creen que las estancias argentinas ya no son argentinas. No es para tan. Y si acaso lo fuera algún día, recordemos que la extranjería está en el génesis de toda la argentinidad. El campo se pobló en la segunda mitad del siglo XIX de inmigrantes pobres que venían con el propósito de cambiar su destino. Si ahora viniese una oleada de extranjeros ricos a comprar estancias, sería muy interesante observar qué pasa. Pero, sea como sea, nunca nadie se podrá llevar la tierra y sus mejoras.

Nuestro país asimilará una vez mas a los nuevos productores, foráneos pero del primer mundo, y la estancia argentina continuará siendo por mucho tiempo esa expresión económica y paisajística con que el país se proyecta en el mapa del mundo.

[Volver a: orígenes evolución](#)